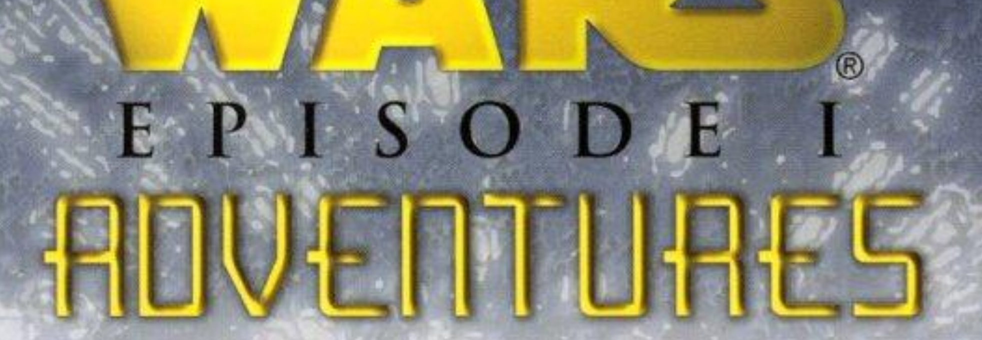
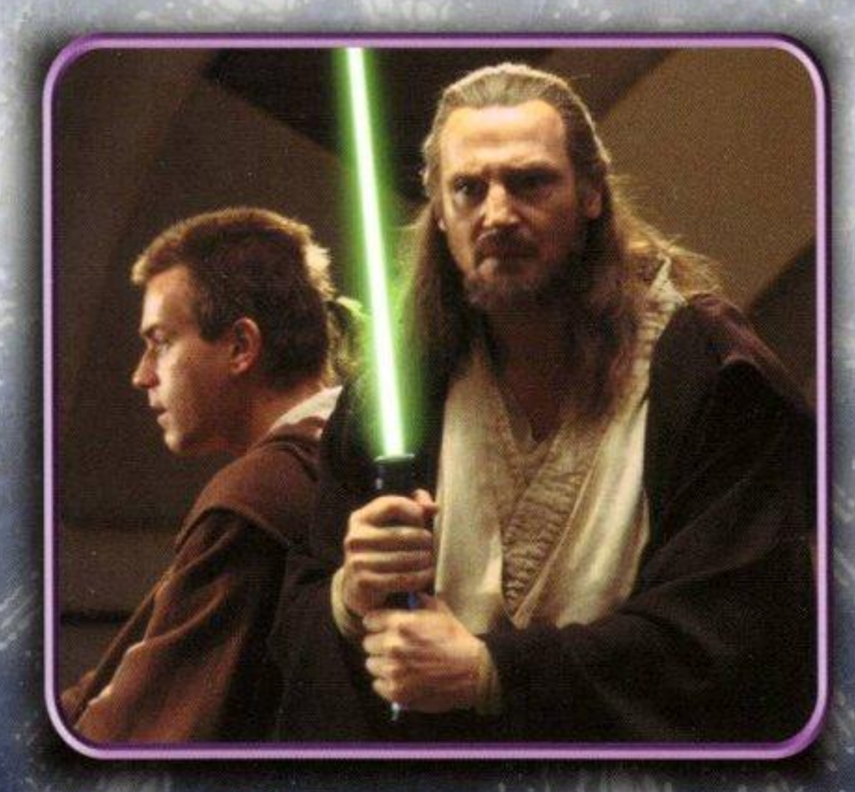
#1

STAR WARS





Search for the Lost Jedi

Ryder Windham

SCHOLASTIC

Una Maestra Jedi ha desaparecido.

Está atrapada en una fortaleza hostil.

Qui-Gon Jinn, Obi-Wan Kenobi, y sus colegas Jedi son su única esperanza.

El rescate ha comenzado.



Aventuras del Episodio I #1

En Busca de la Jedi Perdida

Ryder Windham



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Episode I Adventures: Search for the Lost Jedi*

Autor: Ryder Windham

Publicación del original: setiembre 1999

32 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: Borthna-Ferrinx

Revisión: Bodo-Bass

Maquetación: Bodo-Bass

Versión 1.0

19.09.14

Base LSW v2.2

DECLARACIÓN

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

INTRODUCCIÓN

En la Ciudad Galáctica sobre el planeta Coruscant, los doce miembros del Consejo Jedi contemplaban la Fuerza y decidían la acción sobre diez mil Caballeros Jedi por toda la galaxia. Legendarios por su valentía y poder, los Jedi evitaban guerras, preservaban la paz y mantenían la justicia.

El Maestro Jedi Qui-Gon Jinn era considerado como uno de los grandes Caballeros Jedi. Un guerrero valiente y un hombre amable, Qui-Gon no se intimidaba por ningún reto. Pudo haber sido un miembro del Consejo pero creía que su destino era como un Caballero Jedi, aliado con la Fuerza para ayudar a quienes lo necesitaran.

Como Maestro Jedi, debía entrenar exitosamente a un aprendiz Padawan para convertirlo en un Caballero Jedi. El Padawan de Qui-Gon Jinn era un joven llamado Obi-Wan Kenobi…

CAPÍTULO UNO

Mientras los tres droides artilleros se tambaleaban delante de las sombras de la arena, el aprendiz de Jedi de veinticinco años, Obi-Wan Kenobi, rápidamente blandía su sable de luz y presionaba el botón de activación. De repente, el sonido del sable láser disminuyó, un suave zumbido llenó el aire y la oscura arena se iluminó por la fría y azul luz. A pesar que la hoja de su sable de luz resplandecía, Obi-Wan no podía ver nada. Llevaba una gruesa y acolchada venda.

En postura de combate, los droides artilleros elevaban sus pistolas bláster y apuntaban al vendado Obi-Wan, enviando rayos de energía rojos que volaban hacia su objetivo.

Utilizando la Fuerza para percibir la trayectoria de los rayos que se acercaban, Obi-Wan, inclinó rápidamente su sable láser y se balanceó ante el mortal bombardeo. Un estrépito, emergido eléctricamente, llenó el aire cuando Obi-Wan estaba golpeando los rayos de energía con su sable láser; sacudiendo de vuelta a los tres droides.

Dos droides fueron destruidos cuando los rayos impactaron sus torsos en una lluvia de chispas, tumbándolos al piso de metal negro. El tercer droide erá más veloz, esquivando con sorprendente velocidad para evitar un impacto directo. Un rayo de energía pasó rozándole e impactó en la densa pared de plastoide; pero el rayo final separó el engrasado codo del brazo del droide. Aún agarrando la pistola bláster, el cercenado brazo se sacudió en el piso.

El droide reaccionó automáticamente. Utilizó el brazo que le quedaba para alcanzar su morral ubicado en la espalda y tomar un rifle bláster completamente cargado.

Mientras el droide artillero apuntaba el rifle, el vendado Obi-Wan saltó en la arena; moviéndose tan rápido que se convirtió en un borrón. El droide recalibró sus sensores de objetivo, haló el gatillo y descargó una corriente explosiva de rayos de energía a la indistinta forma de Obi-Wan.

Pero Obi-Wan fue demasiado rápido. Los dispersos rayos martillaron en las paredes de los alrededores.

Instantáneamente, Obi-Wan y su destellante sable láser se rematerializaron muy cerca al droide artillero. Detectando a su oponente, el droide se movió para atacar, pero no fue lo suficientemente veloz. En un destello enceguecedor, el sable láser de Obi-Wan atravesó al droide, partiendo al autómata por la mitad. Desplomándose, sus inútiles patas, sus cercenadas y chamuscadas partes se esparcieron por el negro piso.

Obi-Wan Kenobi desactivó su sable laser. Toda la pelea con los tres droides había terminado en tan solo once segundos.

—Muy impresionante, Obi-Wan —una voz profunda comentó desde la entrada de la arena. Inmediatamente reconoció la voz, Obi-Wan viró su rostro vendado hacia el que hablaba.

—Saludos, Maestro, —el joven Jedi respondió mientras se quitaba la venda—. Perdóneme. No le oí llegar.

Qui-Gon Jinn, un Maestro Jedi alto, le sonrió a su aprendiz desde el arqueado portal. Moviendo su mano sobre un panel en la pared, Qui-Gon encendió las luces del interior de la arena, provocando que Obi-Wan parpadeara.

—Estabas concentrando demasiada atención en los droides, Padawan —apuntó Qui-Gon—. Para prepararse hacia lo inesperado, tienes que invocar a la Fuerza. A lo mejor estás pasando mucho tiempo aquí en el Templo Jedi; te haría bien salir de este centro de entrenamiento de vez en cuando.

—Sí, Maestro —replicó Obi-Wan—. Seguiré su consejo. Pero si me permite preguntar, ¿qué le trae por el Templo? Creí que estaba yendo a visitar los niveles inferiores de Coruscant.

—Hubo un cambio de planes —respondió Qui-Gon.

—Siento escuchar eso, sé cuánto disfruta a sus amigos de allá abajo. —A decir verdad, Obi-Wan no entendía por qué Qui-Gon le gustaba la compañía de patéticas formas de vida como las que poblaban las regiones industriales más bajas de Coruscant. Por muchos siglos, la ciudad capital se había expandido hasta cubrir el planeta entero. Los ciudadanos más ricos vivían en lujosos rascacielos, mientras que los más pobres luchaban por sobrevivir en las aglomeraciones subterráneas bien abajo de la superficie de Coruscant. Cambiando el tema, Obi-Wan preguntó—: Entonces, ¿qué tanto vio de mi sesión de práctica en contra de los droides?

Viendo a los tres droides artilleros caídos Qui-Gon respondió:

—Lo suficiente para ver que tu habilidad con el sable láser cada vez mejora más.

Agradecido por el comentario de Qui-Gon, Obi-Wan hizo una reverencia.

—Gracias, Maestro.

Mientras un droide de sanidad corría por la arena para limpiar los escombros del piso, Qui-Gon golpeó a Obi-Wan en la espalda.

—Vamos, Padawan —dijo, guiando a su aprendiz hacia la salida—. Tendremos que apurarnos si queremos cumplir la cita.

—¿Cita? —preguntó Obi-Wan, caminando más rápido para estar a la par de la marcha de su Maestro—. ¿Cuál cita?

—Hemos sido requeridos por el Consejo Jedi —replicó Qui-Gon mientras salían de la arena de entrenamiento y entraban a un corredor—. Fue por eso que no fui a los niveles inferiores. —El corredor estaba cubierto por una fila de altas ventanas, ofreciendo una espectacular vista de Ciudad Galáctica.

—¿El Consejo Jedi? —repitió Obi-Wan, claramente sorprendido—. ¿Sabe por qué quieren vernos?

Llevando a Obi-Wan hacia un turboascensor, Qui-Gon respondió:

—Sólo sé que es mejor no tardarnos.

CAPÍTULO DOS

El Consejo Jedi estaba conformado por doce miembros: Mace Windu, Yoda, Ki-Adi-Mundi, Adi Gallia, Depa Billaba, Eeth Koth, Oppo Rancisis, Even Piell, Plo Koon, Saesee Tiin, Yaddle y Yarael Poof. Juntos, contemplaban el balance de la Fuerza y ayudaban a guiar a los Caballeros Jedi en sus misiones. Con el Maestro Yoda a su lado, Mace Windu, presidía como Director Jedi del Consejo.

Saliendo del turboascensor y entrando a la cámara del Consejo, Qui-Gon y Obi-Wan se encontraron al Maestro Jorus C'baoth, que estaba de salida. Como Jorus C'baoth era el consejero personal del senador Palpatine del Senado Galáctico, Obi-Wan se inquietó mucho más por la naturaleza de la reunión en el Consejo.

Acercándose a los miembros del Consejo, Qui-Gon echó una rápida ojeada a los Jedi sentados. Inmediatamente notó una silla vacía dentro del recinto semicircular del Consejo. Cayendo en la cuenta del Jedi que estaba ausente, Qui-Gon ignoró toda formalidad y preguntó:

—¿Qué le pasó a Adi Gallia?

Antes que Mace Windu pudiera responder, las largas y puntiagudas orejas de Yoda se echaron hacia atrás mientras decía:

—Siempre perceptivo el Maestro Qui-Gon es, a lo que es visible no.

—Adi Gallia está desaparecida, Qui-Gon —reveló Mace Windu—. Estaba en una misión encubierta en el planeta Esseles. —Levantando una mano hacia el proyector holográfico, Mace activó un holograma. Un globo que rotaba lentamente apareció, mostrando Esseles como un cálido mundo cubierto de una serie de montañas jóvenes—. Sabemos que Adi llegó a salvo a Esseles, pero no realizó los últimos dos reportes programados. ¿Estás familiarizado con este mundo?

—Nunca he estado allí, pero lo conozco. —Qui-Gon estudió el holograma—. Es uno de los planetas vinculados a la Ruta Comercial Perlemiana, en el Sector Darpa. La capital de Esseles 3 es Calamar, un centro de investigación de alta tecnología y desarrollo, especializada en hipernáutica y motores avanzados de hiperimpulso.

Escuchando a su Maestro, Obi-Wan sintió admiración y respeto. Obi-Wan siempre había estado impresionado por la aguda memoria de Qui-Gon para los detalles.

Mace asintió, manteniendo sus ojos fijos en Qui-Gon.

—Esseles ha progresado de la investigación y desarrollo a la manufactura a gran escala —apuntó Mace—. Recientemente, el Consejo recibió una misteriosa tarjeta de datos, alertándonos que una fábrica llamada Naves Trinkatta fue comisionada para construir cincuenta cazas droides experimentales.

—¿La tarjeta de datos fue un truco para llevar a los Jedi a Esseles? —preguntó Qui-Gon.

—Si fuera un truco —preguntó Mace Windu— alguien tuvo muchos problemas para enviarnos información muy detallada. —El holograma de Esseles se desvaneció, reemplazado por un flamante caza estelar droide en forma de dardo—. De acuerdo a la

tarjeta de datos —continuó Mace— estos cazas estelares están equipados con motores de hiperimpulso.

—Y qué significa nosotros los sabemos —intervino Yoda—. Viajar por el hiperespacio para propósitos de paz, los cazas droides no lo harán.

—El Maestro Yoda dice la verdad —aseveró el Maestro Jedi Rancisis. Un astuto estratega militar, el velludo Maestro Oppo apuntó hacia el programa y manifestó—: Los cazas droides tienen dos propósitos: matar y conquistar. Son armas voladoras de alquiler, sin temor ni remordimiento, reservadas generalmente para las campañas más letales. Con capacidad de hiperimpulso, no necesitan ser transportados por una nave carguero. Programados apropiadamente, pueden ser enviados a atacar cualquier nave o planeta en la galaxia y comprados por cualquier criatura que pueda pagarlos.

—Dudo que Naves Trinkatta haya construido costosos cazas droides a menos que ya hubiera un comprador —comentó Qui-Gon Jinn mientras se desvanecía el holograma—. ¿Saben quién encargó estos cazas?

—No —replicó Mace Windu—. Eso era lo que Adi Gallia esperaba averiguar en Esseles. No hemos informado al Senado de nuestra investigación porque los cazas droides pueden haber sido ordenados por un planeta miembro de la República Galáctica. Es posible que uno de nuestros aliados esté planeando una guerra civil. Si ese es el caso, el informar al Senado puede alertar a los compradores para cubrir su rastro. Le hemos pedido a Jorus C'baoth no notificar a ningún senador de estos procedimientos. Hasta que tengamos evidencia sólida de la identidad de quién paga por los cazas, necesitamos mantenerlo en secreto.

—¿Secreto? —preguntó Qui-Gon, esforzándose por mantener la voz tranquila—. ¿Qué hay de Adi Gallia? ¿Su vida no vale más que otra operación encubierta? Por si no recuerdan, ¡no estaría parado aquí ahora si ella no hubiera salvado mi vida!

Obi-Wan se sorprendió por la afirmación de su Maestro. Qui-Gon nunca le había contado de una aventura con Adi Gallia.

—Es por eso que te hemos citado, Qui-Gon Jinn —respondió Mace Windu—. Comandarás a dos caballeros Jedi para encontrar a la Maestra Adi.

En ese momento, dos Caballeros Jedi más ingresaron a la cámara del Consejo. Eran Vel Ardox y Noro Zak. Vistiendo una túnica negra, Vel Ardox parecía humana, pero era una anfibio biubree del Sector Ploo. Noro Zak, con sus orejas puntiagudas y alas membranosas y coriáceas indicaba que era un baxthrax.

Qui-Gon saludó a los dos Caballeros Jedi. Había peleado junto a Vel y Noro en el pasado y confiaba en ambos.

—Exceptuando las circunstancias, es bueno verles —saludó Qui-Gon. Girando hacia la puerta, continuó—: Será mejor que los cuatro vayamos a Esseles. Vamos, Obi-Wan…

—Tal vez no fui claro, Qui-Gon —interrumpió Mace Windu—. Una Maestra Jedi está *desaparecida*. Esta misión puede ser extremadamente peligrosa. Como aprendiz, Obi-Wan Kenobi no está listo para dicha misión. Tu Padawan debería permanecer aquí en el Templo.

Qui-Gon miró a Obi-Wan, buscando su rostro por si alguna reacción. Obi-Wan tenía una expresión relajada y sabiamente permaneció en silencio. Pero Qui-Gon percibió que estaba decepcionado.

—Entendido —respondió Qui-Gon a Mace Windu—. Obi-Wan nos ayudará a prepararnos para la partida.

Viendo a Qui-Gon, Vel Ardox, Noro Zak y a Obi-Wan salir de la cámara del Consejo, Yoda dijo suavemente:

—Que la Fuerza los acompañe.

En el hangar de naves del Templo Jedi, el Crucero *Radiante VII* y su tripulación de ocho: un capitán, dos copilotos, dos oficiales de comunicaciones y tres ingenieros, esperaban para transportar a los Jedi hacia Esseles. Desde la cubierta del hangar, Obi-Wan miraba cómo Qui-Gon seguía a Vel y a Noro hacia la escotilla principal del crucero.

Por supuesto, Obi-Wan había esperado unírsele a Qui-Gon en la misión; había peleado junto a su Maestro antes y creía que estaba bien entrenado para dicha misión. Pero el Padawan sabía muy bien que cuestionar las razones de Mace Windu de quedarse en Coruscant, también le podía traer alivio a su decepción. Si Qui-Gon había discutido con Mace Windu sobre permitir que Obi-Wan se uniera al equipo de rescate, hubiera sido vergonzoso para todo el Consejo.

Al ingresar al *Radiante VII*, Noro Zak se tuvo que agachar, doblando sus rígidas alas contra su espalda para que no rozaran el techo. Qui-Gon miraba desde la escotilla abierta mientras Noro se acomodaba en el asiento junto a Vel Ardox.

—Puede cerrar la escotilla, Maestro Qui-Gon —advirtió Vel—. Estamos listos.

—Aún no —replicó Qui-Gon mientras jugueteaba con el mecanismo de la escotilla. Volviéndose hacia la escotilla, Qui-Gon miró hacia la cubierta del hangar y llamó a Obi-Wan—. Padawan, quiero que revises esta escotilla. Creo que está atorada.

Preguntándose por qué Qui-Gon no solicitó un droide mecánico apropiado, Obi-Wan abandonó el muelle y entró al crucero. Tan pronto como Obi-Wan estuvo adentro, Qui-Gon cerró rápidamente la escotilla.

—¡Ah! —exclamó Qui-Gon—. Parece que la escotilla funciona después de todo. Ahora, Padawan, ya que estás abordo, deberías buscarte una silla. Tenemos un largo viaje por delante.

—P-p-pero, Maestro. —Obi-Wan tartamudeó—. Mace Windu dijo que debía quedarme.

—Sé lo que Mace Windu *sugirió* —interrumpió Qui-Gon— pero eres *mi* responsabilidad. Si voy a Esseles, te quiero donde perteneces: ¡a mi lado!

La mirada de Obi-Wan viajó desde la escotilla cerrada hasta el rostro de Qui-Gon. A pesar de la presencia de Vel y Noro, Obi-Wan estuvo obligado a protestar.

—Perdóneme, Maestro, pero me pone en una situación incómoda. Me pide desobedecerlo tanto a usted como al Consejo Jedi.

—No te estoy pidiendo que desobedezcas a nadie, Padawan —respondió Qui-Gon—. Ambos sabemos que estás listo para esta misión. Quiero que vengas con nosotros a Esseles porque tengo un presentimiento que te vamos a necesitar allá. Si estoy pidiendo algo es tu ayuda. —Volteando la cara hacia los dos Jedi sentados, Qui-Gon levantó sus cejas y preguntó—: ¿Preguntas?

Vel y Noro intercambiaron miradas. Volviéndose hacia Obi-Wan, Noro preguntó:

—¿Quieres un asiento cerca a la ventana?

Después de un momento de duda, Obi-Wan se alejó de la puerta cerrada.

—No puedo creer que esté haciendo esto —murmuró. Qui-Gon sonrió.

—¡Me alegra que hayamos arreglado eso! —Inclinándose hacia una unidad de comunicaciones empotrada en la pared, Qui-Gon se dirigió hacia el capitán del *Radiante VII*, ubicado en la cabina del crucero—. Estamos todos a bordo, Capitán. Prepárese a despegar.

Mientras Qui-Gon y Obi-Wan se ubicaban en asientos contiguos, Obi-Wan susurró:

—¿Maestro? No sabía que la Maestra Adi le había salvado la vida.

En vez de responder inmediatamente, Qui-Gon cerró los ojos, preparándose para entrar en una meditación profunda.

—Te contaré todo, Padawan… *después* de que rescatemos a Adi Gallia.

CAPÍTULO TRES

Minutos después de dejar Coruscant, el *Radiante VII* saltó al hiperespacio. Era un viaje difícil; para llegar al Sector Darpa el computador de navegación necesitaba cambiar delicadamente de curso de una ruta de comercio a otra antes de llegar al sistema de Esseles. Rato después, el crucero salió del hiperespacio, llegando a la órbita de Esseles.

—Naves Trinkatta está a las afueras de Calamar —apuntó Qui-Gon—. El capitán aterrizará nuestro crucero a una distancia discreta y permanecerá en la nave. Desde ahí, nos desplegaremos en deslizador.

Volviéndose hacia el alado Noro, Qui-Gon continuó.

—Noro, volarás a Trinkatta, buscando señales de cualquier actividad inusual. Vel, Obi-Wan y yo viajaremos en deslizador y nos encontraremos allá.

Hablándole al piloto por la unidad de comunicaciones, Qui-Gon Jinn ordenó:

—Aterricemos.

Veinte minutos más tarde, el deslizador de Qui-Gon, Val y Obi-Wan se alejaba del *Radiante VII*. Volando bajo sobre el camino polvoriento, Vel Ardox conducía el deslizador a alta velocidad hacia la fábrica de naves.

Naves Trinkatta era un complejo inmenso, cubría casi dos kilómetros cuadrados.

Rodeada de una barricada alta de piedra, el complejo encerraba dos grandes estructuras: una torre de observación para monitorear las naves que ingresaban y salían, y una monumental factoría. Los niveles superiores de la fábrica parecían estar compuestas de plastoide con ventanas abovedadas de transpariacero, pero los viejos cimientos indicaban que la edificación original había sufrido profundas renovaciones. Adornando el techo de la fábrica, tres chimeneas altas expelían un humo azul oscuro hacia el cielo. Obi-Wan tosió, luego aclaró su garganta.

—Ese humo fétido —inhaló, inclinándose hacia las chimeneas—. ¡Dudo que Naves Trinkatta conozca de regulaciones ambientales!

Estudiando la barricada alta que rodeaba la fábrica, Vel Ardox apuntó:

—Parece como que tampoco promueven visitantes.

Disminuyendo la velocidad para planear cerca del muro, Vel Ardox miró hacia arriba, buscando a Noro. Sus agudos ojos rápidamente encontraron a la figura voladora. Noro planeaba en lo alto de la fábrica, evitando cuidadosamente las nubes tóxicas que se elevaban desde las tres chimeneas. Inclinando sus alas, Noro se abalanzó en una espiral descendente hacia los otros Jedi. Segundos más tarde, sus garras tocaron el terreno junto al deslizador.

—Hace mucho tiempo, esta fábrica debió haber sido una fortaleza —declaró Noro mientras Qui-Gon, Obi-Wan y Vel se bajaron del deslizador. Apuntando hacia la torre de observación, Noro continuó—: El espaciopuerto de Trinkatta está entre la torre y la

fábrica. Vi algunos vehículos turborepulsores y un viejo carguero aparcados en el espaciopuerto, pero no había ninguna señal de los cazas droides.

—Deben estar al interior de la fábrica —dijo Qui-Gon—. ¿El muro rodea toda la fábrica?

—Sí —respondió Noro—. Y al otro lado del muro hay un amplio foso. Un puente cruza el foso desde un puesto de control de seguridad.

—Muéstranos el camino hacia el puesto de control, Noro —solicitó Qui-Gon. Noro guió a los otros alrededor de la barricada hacia una gran cabina de piedra. Más allá de la cabina, una pesada puerta de metal separaba a los Jedi desde el puente hasta la fábrica de naves.

Dos droides de seguridad altos salieron de la cabina del puesto de control. Acercándose a los Jedi, los pesados pies de metal de los droides sonaban contra el liso pasillo. Un droide levantó una mano en señal de alto.

—¿Cuáles son sus asuntos con Trinkatta? —preguntó el droide, mientras su cabeza en forma de tonel escaneaba las cuatro figuras.

—Buscamos una amiga nuestra —respondió Qui-Gon—. Se supone que nos encontraríamos aquí. Es inspectora inmobiliaria. —El droide sacudió la cabeza, que crujía con cada giro del cuello.

—No hay inspectores inmobiliarios aquí. Sólo droides. Deben irse ahora. Estamos apagando las chimeneas. La fábrica está a punto de ser fumigada.

—¿Fumigada? —preguntó Qui-Gon—. Pero si sólo hay droides al interior, ¿qué tratan de exterminar?

—Bichos —respondió rápidamente el otro droide—. Ahora deben irse…

—¡Miren! —gritó Obi-Wan. Siguiendo su mirada, los otros Jedi vieron que las tres chimeneas de la fábrica ya no estaban liberando nubes tóxicas al aire. Segundos más tarde, las altas ventanas de transpariacero se oscurecieron cuando el humo comenzó a llenar la factoría.

Qui-Gon Jinn cerró los ojos en señal de meditación. Abriendo los ojos dijo:

—Siento que Adi Gallia está al interior del complejo… y puede que esté herida. ¡Tenemos que rescatarla antes que sea consumida por el humo! —Fijando su mirada en los droides, Qui-Gon ordenó—: Deben dejarnos entrar a la fábrica *inmediatamente*.

Los fotorreceptores del droide más cercano se pusieron rojos.

—Instrucciones recibidas del comando central droide —expresó el droide mientras daba un paso atrás—. Los intrusos deben ser exterminados.

Sin más advertencia, ambos droides alcanzaron sus pistolas bláster. La mano de Obi-Wan tomó su sable láser, pero Vel Ardox se movió más rápido. Su sable de luz resplandeció y arremetió en una barrida relámpago, cortando ambos droides antes que pudieran disparar sus blásters. Los droides cayeron al piso.

—¡Se supone que los droides de seguridad *arrestan* a los intrusos! —exclamó Vel—. Alguien reprogramó estas unidades para matar.

—¿Pero quién haría…? —Obi-Wan comenzaba a decir, pero fue interrumpido por el estridente sonido de una sirena.

—¡Los otros droides ya deben saber que estamos aquí! —apuntó Noro—. Uno de nosotros debe quedarse aquí y distraerlos, mientras el resto de nosotros encuentra una entrada a la fábrica. ¡Tenemos que detener ese humo o abrir esas chimeneas!

—¡Si podemos llegar al cuarto principal de control —añadió Ardox— podremos anular el sistema y desactivar todos los droides!

—¡Adi Gallia es nuestra prioridad! —declaró Qui-Gon mientras agarraba su sable de luz.

—¡La fábrica se está llenando con humos tóxicos! ¡Tenemos que encontrar a Adi y sacarla ahora!

CAPÍTULO CUATRO

Después de revisar rápidamente el área del puesto de control de Naves Trinkatta, Qui-Gon Jinn volteó hacia Obi-Wan Kenobi, Vel Ardox y Noro Zak.

—Éste es el plan —les dijo— puedo retirar a los droides de seguridad del puesto de control y distraerlos mientras que ustedes tres tratan de encontrar otra entrada a la fábrica. Tendremos una mejor oportunidad de encontrar a Adi Gallia dividiéndonos y buscando en diferentes áreas del complejo.

—¿Mantendremos comunicación? —preguntó Noro.

—Si los droides de la fábrica están monitoreando las frecuencias, pueden interceptar nuestros mensajes —señaló Qui-Gon—. Usen su comunicador sólo si necesitan ayuda o localizan a Adi Gallia. Vamos. Y que la Fuerza les acompañe.

Obi-Wan y Vel corrieron mientras que Noro se fue por el aire, dejando a Qui-Gon solo en el puesto de control. Caminando por entre los droides de seguridad caídos, Qui-Gon se aproximó a la gran puerta deslizante. Escuchó el sonido de engranajes en funcionamiento mientras la puerta comenzaba a deslizarse por el muro.

Mientras la puerta se levantaba, Qui-Gon pudo ver el amplio puente que cruzaba el foso y conducía a la fábrica de naves. De repente, seis droides de seguridad salieron de la fábrica y avanzaron hacia el puente. Viendo a Qui-Gon, los droides levantaron sus armas bláster. Moviéndose más rápido de lo que los fotoreceptores droides pudieran seguir, Qui-Gon activó su sable de luz y avanzó. Balanceando la letal hoja con mortal precisión, el Maestro Jedi cortó a los seis droides de seguridad en segundos. Los droides cayeron en la superficie del puente con gran estrépito.

Eso debió captar la atención de los otros droides de seguridad, pensó Qui-Gon, esperando que le permitiera a sus amigos encontrar otra entrada a la fábrica de naves. Qui-Gon pasó sobre los cuerpos metálicos de los droides caídos, atravesando el humo que se elevaba de sus restos calcinados. Mientras comenzaba a atravesar la factoría, Qui-Gon miró por debajo del puente. El puente estaba sostenido por cables, suspendido a diez metros de un foso profundo de agua.

Activando su comunicador, Qui-Gon susurró:

—Estoy en el puente que lleva a la entrada. ¿Ya están adentro de la fábrica?

—¡Aún no, Maestro! —respondió Obi-Wan—. Nos encontramos con algunos droides. Entrar será más difícil de lo que creímos.

Apagando su comunicador, Qui-Gon estaba a medio camino del puente cuando un destello brillante captó su atención desde arriba.

Tres pisos más arriba, en el techo que sostenía una torre elevada de agua, Qui-Gon observó a ocho droides de seguridad poniéndose en posición. De repente, los amenazadores droides levantaron sus rifles bláster y dispararon desde arriba.

El sable de luz de Qui-Gon salió rápidamente, golpeando los rayos de energía que llegaban. Los golpeó de vuelta a la torre elevada de agua por encima de los droides,

impactando la base de la torre en una rápida sucesión. Mientras los droides continuaban disparando, la torre se rompió desde las piezas y explotó sobre sus cabezas, golpeándolos.

Miles de litros de agua cayeron en una devastadora cascada, arrastrando a los droides hacia el puente. Pese al hecho de que apuntó a la torre de agua, Qui-Gon Jinn se sorprendió por la magnitud del impacto resultante y apagó su sable de luz. En un esfuerzo por evitar ser arrastrado por los torrentes o golpeado por los droides que caían, Qui-Gon saltó sobre el cable y se sumergió al foso que había abajo.

Después de zambullirse en el agua, retornó a la superficie. Cuando volvía a la superficie, casi fue golpeado por un rayo de energía. Dos droides habían sobrevivido a la caída y estaban determinados a matar al invasor humano.

Tomando un rápido aliento, el Maestro Jedi se sumergió y nadó directamente bajo el puente, alejándose del rango de tiro de los bláster de los droides. Nadando hacia la plataforma de la fábrica de naves, vio lo que parecía ser la entrada de un túnel bajo el agua. Esperaba que fuera una entrada a la factoría. Tomó su útil cinturón y sacó su respirador. Después de poner el dispositivo en su rostro, pronto estaba respirando fácilmente. Se impulsó hacia delante en el oscuro túnel.

Segundos después, Qui-Gon estaba sumido en una oscuridad negruzca. El Maestro Jedi, concentrado en el interior de la cueva, usaba la Fuerza para que le dejara percibir las toscas paredes rocosas. Libre de miedo, nadaba hacia adelante.

Pronto, el túnel se estrechó, haciendo más difícil el nado. Tentando con sus manos y pies, Qui-Gon apenas podía moverse por entre el acceso subacuático. Sentía las paredes del túnel, tratando de agarrarse, pero las paredes rocosas estaban cubiertas de un musgo grasoso. No pudo encontrar un asidero.

Algo grasoso golpeó la pierna de Qui-Gon. Al siguiente instante, su tobillo izquierdo estaba atrapado fuertemente.

Qui-Gon tenía compañía.

CAPÍTULO CINCO

Alcanzando su pierna, Qui-Gon tocó un grueso tentáculo que le enrollaba el pie. Serpenteando por un hoyo en la pared del túnel, el tentáculo tiró del tobillo, llevándolo hacia la brecha. Algunos pedazos de roca de la plataforma yacían debajo del hoyo.

A pesar del ataque de la criatura, Qui-Gon no reaccionó con violencia. Estaba en su naturaleza tener empatía con todas las formas de vida. Cuando había sido Padawan, su tendencia a la amabilidad había confundido a su propio Maestro. En el túnel bajo el agua, Qui-Gon se encontró preguntándose: ¿si viviera tranquilamente en un hueco, me gustaría si algún organismo grande irrumpiera en mi hogar?

De repente, el tentáculo soltó su presa y desapareció por la brecha en la pared del túnel. Para sorpresa de Qui-Gon, escuchó un suave eco alienígena en su mente, respondiendo a sus pensamientos: *Me disculpo por atacarte, extraña criatura. Te confundí con un gran pez. Eres bienvenido a nadar en estas aguas, pero cuídate de la corriente*.

Detrás de su respirador, Qui-Gon sonrió. *Gracias.*

Dejando atrás a la criatura, Qui-Gon nadó por entre el túnel subacuático. Mientras se impulsaba por la oscuridad, sus pensamientos se centraron en Adi Gallia. Como ella lo había rescatado hace algún tiempo, Qui-Gon creía que le debía la vida. Pero también sabía que no era momento de contemplar el pasado. El Maestro Jedi aclaró su mente y nadó más rápido.

Un sonido seco y mecánico se acrecentaba mientras avanzaba hacia adelante. Paró para escuchar el sonido y se dio cuenta que aunque detuvo el nado, aún se estaba moviendo a paso lento por entre el túnel. Atrapado en su poderosa corriente, estaba siendo arrastrado hacia la oscuridad profunda.

Qui-Gon deseó haberle prestado más atención a la advertencia de la criatura tentaculada.

El sonido mecánico se volvía cada vez más estridente. Luchando contra la corriente, extendió sus brazos y piernas, tratando de agarrarse dentro del túnel. Incapaz de agarrarse de la superficie lisa y enlodada del túnel, fue arrastrado hacia delante. En una explosiva oleada, Qui-Gon fue lanzado hacia fuera del túnel a una cascada, cayendo a un ancho silo circular.

Dando volteretas por el aire, cayó a una profunda piscina en la base del silo. El golpazo fue estruendoso, retumbando fuera de las paredes del silo en estrepitosos ruidos. Como en un gran drenaje, el agua se agitaba y arremolinaba alrededor de Qui-Gon, llevándolo hacia abajo de la superficie. Bajo el agua, comprendió la causa del horrendo ruido.

En la base del silo, una gigantesca hélice hidráulica giraba rápidamente, atrayendo el agua hacia abajo y circulándola en el foso de la factoría. Qui-Gon supo que la gran hélice lo cortaría en tiras a menos que pudiera escapar del silo.

Luchando contra la corriente que le tiraba hacia abajo, Qui-Gon emergió a la superficie de la piscina. Golpeado por el agua que caía de arriba, nadó por la pared del silo. El silo más interno parecía estar construido por una gruesa capa de ferrocreto, una mezcla de concreto y materiales de acero unidos a nivel molecular. Como en el túnel, las resbaladizas paredes no permitían el agarre.

Mirando a la cima del silo, Qui-Gon vio una escotilla de mantenimiento. La escotilla estaba iluminada por varias barras de luz amarilloverdosas que se sostenían de un estrecho puntal. Qui-Gon consideró arrojar su compacto gancho de agarre hacia las barras de luz, pero con ambos brazos manteniéndolos ocupados sobre el agua, sabía que sería un esfuerzo difícil. También sabía que el suministro de aire de su respirador estaba casi acabándose.

Otra posibilidad se le ocurrió: ahorrando energía, Qui-Gon se dejó llevar por debajo de la superficie. Mientras se acercaba a la hélice, se concentró en las aspas giratorias, visualizándolas dobladas y circulantes mientras rotaban. Siguió un crujiente ruido, entonces la hélice se sacudió a su posición fija. Usando la Fuerza, Qui-Gon había hecho que la máquina se volviera contra sí misma.

El resultado fue una explosión bajo el agua que sacudió el interior del silo y destrozó la hélice. Grandes pedazos de metal destrozado pasaron por entre Qui-Gon en una ráfaga de burbujas mientras salían a la superficie. Con la destrucción de la hélice, el estruendo terminó y el nivel de agua comenzó a subir.

Mientras que el agua lo llevaba arriba del silo, Qui-Gon rápidamente alcanzó la escotilla. Tomando el mecanismo de apertura en forma de rueda, giró fuertemente.

La oxidada rueda crujió en sus manos mientras el agua continuaba elevándose.

¡Estaba atrapado!

CAPÍTULO SEIS

Qui-Gon trató de concentrarse en el oculto mecanismo de la escotilla, pero le fue difícil mantener la calma. El agua pronto estaría sobre su cabeza.

La mano del Maestro Jedi alcanzó su sable de luz, lo desprendió de su cinturón y activó la hoja. Con un solo giro circular, hundió el sable de luz en la escotilla metálica, empujándolo por entre su marco dañado. Mientras la abollada escotilla caía al suelo de la siguiente cámara, Qui-Gon saltó de cabeza por entre el hoyo. Un crujido sonó de su cinturón mientras aterrizaba al interior de la cámara seca. Había golpeado accidentalmente su propio comunicador.

Se puso rápidamente de pie y levantó los restos de la escotilla. Atascó el metal cortado de vuelta al hoyo justo cuando el agua comenzaba a derramarse hacia la cámara.

Con la escotilla cerrada, Qui-Gon retiró su respirador e inspeccionó sus nuevos alrededores. Se paró en una gran cámara subterránea. Sutilmente iluminada por barras de luz, el cuarto de paredes de roca olía a polvo y podredumbre. En el centro de la cámara, tres pilares se alzaban desde el piso rocoso hacia el cielo raso adoquinado.

—Uhmmm —gimió una voz detrás de un pilar. Corriendo alrededor de la columna, Qui-Gon encontró a un alienígena semiconsciente tirado en el piso. Una pequeña criatura reptilesca de escamas amarillas con un pronunciado pico estaba vestida con una túnica. Su pie izquierdo estaba encadenado al pilar y le faltaba su brazo derecho a la altura del codo.

—¿Estás bien? —preguntó Qui-Gon mientras revisaba el pulso del alienígena. A esa proximidad, Qui-Gon pudo darse cuenta que el brazo de la criatura había sido arrancado recientemente.

—Oh, estoy bien —rugió el alienígena— excepto que los droides cortaron mi mano y me encerraron aquí de por vida.

Los ojos de Qui-Gon se abrieron.

—¡¿Los droides te cortaron el brazo?!

—Estaban tratando de sacarme información —dijo el alienígena con un suspiro—. No es gran cosa. Soy un kloodaviano. El brazo crecerá en un par de días.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Qui-Gon.

—¡*Yo* debería estar formulando esa pregunta! —gruñó el kloodaviano—. Soy Boll Trinkatta. Propietario de esta fábrica de naves. Pero mis droides se volvieron locos y tomaron el mando. No sé cómo, pero alguien debió haberlos reprogramado. Los droides me trajeron aquí y me dejarán morir.

Antes que Qui-Gon pudiera hacerle algunas preguntas más a Boll Trinkatta, un droide de mantenimiento de ocho brazos salió de uno de los otros pilares. Ocultándose fuera de vista, había esperado el momento exacto para atacar. Cada uno de sus ocho brazos contaba con una herramienta diferente, incluían un taladro de luz, un cortador de fusión, un macrofusionador y un rastreador de potencia. Extendiendo sus apéndices, el droide aceleró su paso y se dirigió directo hacia el Maestro Jedi.

Cuando el droide estaba casi encima de su presa, Qui-Gon saltó a un lado. Incapaz de detenerse a tiempo, el droide se estrelló en la pared rocosa. Cayendo desde el muro, los ocho brazos del droide se arrastraban mientras trataba de recuperar su equilibrio y ponerse en posición de ataque. Antes que el droide pudiera disparar su cortador de fusión, el sable de luz de Qui-Gon brilló y se arqueó en el aire, cortando al droide por debajo de sus ocho hombros. La cabeza y hombros del droide cayeron de su cuerpo, enviando una lluvia de chispas hacia el cielo raso. Estrellándose contra el piso, el droide quedó inmóvil.

Alejándose de los restos del droide caído, Qui-Gon se acercó a Trinkatta, que aún se inclinaba contra el pilar. Con sorpresa en sus ojos, el kloodaviano comentó:

—¡Sólo un Jedi se mueve así de rápido!

—Mi nombre es Qui-Gon Jinn —dijo el Maestro Jedi. Mirando a Trinkatta a los ojos, Qui-Gon fue al grano—. Una mujer vino aquí a inspeccionar tu edificio —continuó manteniendo la discreción de no mencionar el nombre de Adi Gallia—. Me dirás dónde puedo encontrarla.

Trinkatta miró a Qui-Gon pero no respondió.

—Estás en graves problemas, amigo —continuó Qui-Gon—. Sé que estás vendiendo cincuenta cazas droides. Quiero la identidad del comprador. Llévame al cuarto principal de control de la fábrica.

—¡No… no tengo que decirte nada! —insistió Trinkatta. Qui-Gon no sabía si el kloodaviano era arrogante o tenía miedo de responder sus preguntas. Confiando en la Fuerza, Qui-Gon intentó hacer hablar al alienígena.

—Me puedes decir todo —lo persuadía mientras hacía un suave gesto con su mano.

Los labios reptilescos de Trinkatta se retrajeron en una bien intencionada sonrisa.

—Los kloodavianos somos inmunes a los trucos mentales Jedi —declaró—. Pero contestaré tus preguntas si me desencadenas.

—Hecho —acordó Qui-Gon.

Mientras el Maestro Jedi se disponía a abrir el candado, con cuidado para no herir la pierna del kloodaviano, Trinkatta habló.

—No sé nada de una inspectora inmobiliaria. Es posible que haya sido capturada por mis droides después de que me encerraron.

—¿Qué hay de la ubicación de tu cuarto de control droide? —preguntó Qui-Gon.

—Está en el nivel diecinueve de la torre de observación, al otro lado del espaciopuerto de la fábrica.

Abriendo un delgado grillete en el pie de Trinkatta, Qui-Gon preguntó:

—¿Y quién ordenó los cincuenta cazas droides? —Trinkatta tragó saliva, nervioso por responder esa última pregunta.

—Los… los construí para la Federación de Comercio.

—¿La Federación de Comercio ordenó esto? —dijo Qui-Gon con sorpresa—. Pero este planeta no está para nada cerca de las rutas de la Federación de Comercio. ¿Por qué *te* encomendaron construir esos cazas droides?

—No sé por qué me escogieron —admitió Trinkatta—. Todo fabricante de naves en la galaxia sabe que los xi charrianos tienen un contrato de exclusividad para construir cazas droides para la Federación de Comercio. Cuando los neimoidianos me dijeron que me querían para instalar motores de hiperimpulso en los cazas, protesté. ¡Al día siguiente mi piloto de pruebas desapareció! Tenía miedo de que si no seguía las órdenes de la Federación de Comercio, me harían desaparecer a mí también.

—¿Dónde están los cazas droides ahora? —preguntó Qui-Gon.

—¡Ojalá supiera! —graznó Trinkatta—. Eso es lo que mis propios droides disfuncionales seguían preguntándome cuando me encerraron. Alguien robó los cincuenta cazas. ¡Cuando los neimoidianos se enteren, me matarán!

—Nos preocuparemos por la Federación de Comercio luego —comentó Qui-Gon mientras retiraba el grillete de la pierna de Trinkatta—. Tus droides apagaron las chimeneas de la fábrica y todo el complejo se está llenando de humos. ¡Si mi amiga está en el edificio, morirá a menos que la rescatemos!

—Me ofrecería a ayudar —gimió Trinkatta— pero no soy bueno para ti con este brazo inútil. —Apuntando su pico hacia un estrecho pasillo, dijo—: Este corredor conduce al cuarto de montaje de naves. Puedes abrir las chimeneas desde la cámara de operaciones de montaje. Desde allí, tendrás que cruzar el espaciopuerto hasta la torre de operación y el control principal droide. Espero que encuentres a tu amiga.

—Puedes quedarte aquí —dijo Qui-Gon calmadamente—. Si los humos te alcanzan…

—¡Puedo cuidarme! —replicó el kloodaviano—. Tengo un túnel secreto que conduce fuera de la fábrica. ¡Mejor vete mientras puedas!

CAPÍTULO SIETE

Qui-Gon no quería dejar a Trinkatta, pero el kloodaviano insistió. Toda su vida, Qui-Gon había sentido gran simpatía por todas las criaturas vivas, especialmente por aquellos que parecían ser de alguna ayuda; Trinkatta puede que fuera pequeño, pero no cabía duda que Qui-Gon era un ser voluntarioso, capaz de cuidarse solo. El hecho que Trinkatta fuera propietario de toda una fábrica de naves era prueba que era un formidable personaje.

Qui-Gon corrió por el pasillo. El sonido de sus pasos llegó a los sensores de audio de los dos droides de operaciones de la fábrica a lo lejos del extremo del corredor.

Los dos droides avanzaron bloqueando la entrada de Qui-Gon al cuarto de montaje de naves. Ambos droides tenían superiores cuerpos anchos soportados en fuertes pero delgadas piernas. Levantando sus brazos, los amenazadores droides ansiosamente le hicieron sonar sus garras a Qui-Gon.

Esperando conservar la carga en su sable de luz, la mano de Qui-Gon tomó su gancho. Sacándolo de su cinturón, tomó el delgado pero fuerte cable y lo lanzó a las piernas de los droides. El gancho atrapó y enrolló a los droides, apresándolos bajo sus rodillas. Mientras los droides trataban de salir del enredo, Qui-Gon tiró del cable. Los pies de los droides se liaron bajo ellos, enviando a los dos autómatas al piso.

Qui-Gon saltó sobre los droides caídos mientras se cayeron con estrépito en el piso, incapaces de levantar sus colosales figuras. Entró al cuarto de montaje y lo encontró lleno de una neblina de humo. Mirando hacia el techo, apenas pudo ver las ventanas que cubrían los niveles más altos.

Por entre el cuarto, más allá de varias filas de naves y vehículos repulsores en diferentes etapas de construcción, Qui-Gon vio la cámara de operaciones de montaje. De acuerdo a Trinkatta, los controles de las chimeneas de la fábrica estaban localizados en el cuarto de operaciones. Tosiendo, Qui-Gon revisó el medidor de su respirador. Estaba casi agotado.

Aguantando su respiración, atravesó el cuarto. Para su asombro, encontró que los circuitos del computador de la cámara de operación habían sido arrancados. Sospechó que los droides lo hicieron, en un esfuerzo por evitar que alguien abriera las chimeneas y permitiera que el humo escapara.

Qui-Gon detectó un caza sin terminar yaciendo sobre un sistema transportador cercano. La nave no estaba lista para volar pero sus cañones láser parecían funcionales.

Aguantando aún su respiración, corrió hacia el caza estelar y saltó a la cabina. Sus dedos se dirigieron hacia el sistema de armas del vehículo mientras apuntaba los cañones láser hacia el distante cielo raso.

Qui-Gon apretó los gatillos y disparó los cañones, lanzando una poderosa explosión de luces continuas hacia el techo. Los rayos láser atravesaron el techo en una feroz explosión. Los rayos superiores rompieron y cayeron. Qui-Gon saltó fuera del caza y buscó cubrirse en un hoyo de grasa. En un segundo después, el caza fue destruido por un inmenso bloque de plastoide.

Mirando desde el foso de grasa, Qui-Gon vio que había hecho un gran hoyo en el techo. Su vista del cielo de Esseles era oscurecida por el humo que se elevaba mientras que la fumarada atravesaba el hueco y salía de la fábrica.

Cuando la humareda se aclaró, revisó el área, buscando alguna señal de Adi Gallia. El Maestro Jedi percibía que Adi había estado en esa habitación antes. Sin confiar en sus ojos, Qui-Gon los cerró y abrió su mente a la Fuerza.

Una imagen se formó en su mente. Percibía a Adi Gallia tirada tranquilamente en una cámara. *Estaba cerca*, de repente lo supo. *Sólo que… ella estaba bien arriba del piso… en algún lado…*

Girando su cabeza, Qui-Gon abrió los ojos para darse cuenta que estaba mirando por una ventana que ofrecía una vista del espaciopuerto de la fábrica desde el cuarto de ensamble. Al otro lado del espaciopuerto, la torre de observación aparecía sobre la bahía de aterrizaje.

¡La torre!… Qui-Gon súbitamente supo que encontraría a Adi Gallia allá. De veinte pisos de alto, la torre era una estructura nueva construida encima de una vieja plataforma de roca. Los primeros diecisiete pisos se elevaban desde el terreno como un obelisco cuadrado que soportaba una cúpula invertida cubierta con ventanas de transpariacero que sostenían los tres pisos de los niveles de observación. Cinco muelles de aterrizaje de plastoide sobresalían de la cúpula invertida, añadiéndole a la torre la cruda apariencia de una gigantesca flor en forma de máquina.

Qui-Gon revisó la torre y vio un vehículo en el muelle de aterrizaje más alto de la torre. El vehículo no estaba allí cuando los Jedi habían llegado a la fábrica. Era un extraño saltacielos de dos sillas, un rápido vehículo propulsor diseñado para volar sobre el terreno. Qui-Gon no reconoció el modelo.

Recordando que el cuarto principal de control droide estaba en el nivel 19 de la torre, Qui-Gon pensó que la presencia de un saltacielos alienígena parecía ser demasiada coincidencia. Sospechaba que el saltacielos parqueado en la torre pertenecía a los villanos saboteadores que intentaban tomar el control de la fábrica de Trinkatta reprogramando sus droides desde la torre.

Consciente de que Adi Gallia podría estar a merced de un enemigo desconocido, Qui-Gon corrió hacia la salida del espaciopuerto.

Rogaba por encontrarla viva.

CAPÍTULO OCHO

Había varios vehículos de propulsión pertenecientes a la fábrica estacionados en el pavimento. Esperando llegar a Adi Gallia tan pronto como fuera posible, Qui-Gon corrió hacia los vehículos, planeando volar uno de ellos hasta la torre de observación.

Cuando Qui-Gon se aproximaba, tres droides astromecánicos último modelo rodaron en grupo desde un transporte que estaba arriba, soportado por bloques. Armados con taladros de luz y herramientas de soldadura, los abollados astromecánicos viejos emitieron una oleada de bips amenazadores mientras rodaban hacia Qui-Gon.

Blandiendo su sable de luz, el Maestro Jedi corrió hacia el otro lado del transporte elevado. Los astromecánicos rodaron sus cabezas abovedadas y giraron, esperando acorralar al fugitivo. Cuando los astromecánicos se movieron por debajo del transporte, Qui-Gon cortó uno de los bloques de soporte. El transporte tambaleó y los droides aceleraron, tratando de alcanzar su objetivo. Qui-Gon lanzó una patada bien puesta hacia el costado del transporte. El vehículo cayó de sus soportes y aplastó a los rebeldes droides.

Qui-Gon desactivó su sable láser. Mientras corría hacia un deslizador que estaba parqueado, se preguntó si Obi-Wan, Vel Ardox y Noro Zak estaban aún peleando con droides o si ya habían ingresado a la fábrica. Saltó al interior del deslizador, se aseguró, encendió los motores y corrió hacia la torre de observación. Haría cualquier esfuerzo por reprogramar a los droides o desactivarlos.

Cuando se acercaba a la torre, Qui-Gon excedió los niveles de inercia, pero el deslizador no disminuyó su velocidad. Forzó los controles inerciales de nuevo pero no tuvo efecto, luego alcanzó el nivelador de emergencia. Cuando el nivelador falló, zafó su cinturón de seguridad y saltó del deslizador. Una fracción de segundo después, golpeó el pavimento y rodó, escuchó al deslizador estrellarse en la base de la torre.

El Maestro Jedi se levantó del asfalto y corrió por entre el deslizador estrellado hacia el turboascensor de la torre. Ingresó al elevador y expresó su destino:

—Nivel Diecinueve, control principal droide. —El turboascensor partió en un poderoso envión desde el nivel franco.

Segundos después, la luz del campo repulsor de advertencia parpadeó en rojo y el elevador rechinó para detenerse. Qui-Gon fue despegado del piso, estrellándose en la escotilla de emergencia del techo antes que cayera de vuelta al suelo.

Levantándose, revisó la consola del turboascensor. De acuerdo a la pantalla numérica, estaba atrapado entre los niveles 18 y 19, justo antes de su destino. Intuyó que los droides pudieron haber bloqueado la terminal de computador del turboascensor y que su comando de destino les había alertado su posición exacta.

Estirándose, abrió la escotilla de escape del techo. Trepando por la ventanilla, se paró encima del turboascensor.

Miró hacia arriba del ducto del elevador y vio las puertas selladas del nivel 19. De repente, el rumor de un motor sonó desde arriba. Un droide de mantenimiento del ducto,

aferrándose a las paredes por sus miembros magnéticos, rápidamente descendió de los niveles superiores del turboascensor. Apuntando su disruptor a Qui-Gon, el droide se preparó a disparar.

Qui-Gon activó su sable de luz y lo tiró al aire en un grácil giro. La hoja del sable láser cercenó el costado izquierdo del droide, separándolo de sus miembros y desequilibrándolo.

Cuando el sable de luz cayó de vuelta hacia Qui-Gon, lo tomó por el mango, luego rápidamente dirigió la hoja a través de las puertas del Nivel 19, abriendo un gran hoyo. Qui-Gon atravesó el hoyo de metal fundido justo cuando el resto del desmembrado droide venía descendiéndose desde arriba, acabando de golpe en el techo del elevador. El elevador se fue por el ducto, arrastrando el droide por todo el camino hasta el fondo. Levantándose, Qui-Gon escuchó el impacto explosivo mientras el elevador golpeaba el piso franco, diecinueve pisos abajo. Una bola de fuego estalló y Qui-Gon saltó fuera del camino.

El Nivel 19 estaba lleno de sofisticados computadores pero parecían estar libres de saboteadores o droides. Qui-Gon se dirigió hacia el cuarto principal de control droide y pasó por una ventana que ofrecía una vista de la fábrica de naves al otro lado del espaciopuerto. En el pavimento, droides salían de la fábrica y avanzaban hacia la torre de observación. Había cerca de cien de ellos de varios tamaños, todos ellos esgrimiendo armas y letales herramientas.

Todo droide de Naves Trinkatta estaba yendo tras él. En sólo cuestión de minutos, alcanzarían el Nivel 19.

Qui-Gon prestó atención hacia el interior del cuarto de control. Mientras buscaba la terminal principal que regulaba todos los droides de la fábrica, ingresó a un centro de custodia.

El centro de detención era un corredor largo que finalizaba en un gran muro metálico negro. Cinco celdas cubría la pared derecha y otras cinco estaban construidas a la izquierda. En lugar de tener puertas metálicas selladas, cada celda era visible a través de un campo transparente de energía. Desde donde estaba parado, Qui-Gon no podía ver directamente al interior de ninguna de las celdas. Se movió cautelosamente hacia delante para inspeccionarlas.

Para su sorpresa, vio la misma imagen en cada celda: el cuerpo inmóvil de Adi Gallia. Qui-Gon se dio cuenta que nueve de las celdas tenían proyecciones holográficas, señuelos para demorar cualquier intento de rescate. En cada celda, la Maestra Adi aparecía en la misma posición. Estaba desplomada sobre una cama metálica con su tocado trenzado cayéndole sobre su cabeza. Sus ojos estaban cerrados. Su túnica marrón oscuro le impedía a Qui-Gon ver si estaba respirando o no. Gritó su nombre, tratando de despertarla. Pero fue inútil.

Una consola de mando estaba localizada a mitad del centro de detención. Qui-Gon divisó los diez interruptores si marcar de la consola de mando, suponiendo que uno de ellos desactivaría los campos energéticos de las celdas.

Cautelosamente seleccionó un interruptor y tiró de él. Sin darse cuenta, había desactivado los proyectores holográficos puestos en cada celda. Súbitamente, todos los hologramas se desvanecieron y sólo quedó la verdadera Adi Gallia.

Pero el escudo de energía permanecía activo. Quedaban nueve interruptores más y Qui-Gon les dio un rápido estudio. Sospechaba que los interruptores junto al del holoproyector debía activar una trampa, así que llegó al quinto interruptor.

Después de tirar del interruptor, escuchó un sonido detrás de él. Volteó para ver una puerta escondida deslizarse de vuelta al muro metálico. Un guardia droide alto salió de un compartimento, al interior del muro. Era humanoide en su diseño, pero los dos brazos del droide terminaban en amenazadores rifles bláster de dos cañones. A la vista del intruso humano, los fotorreceptores del droide se tornaron rojos.

El guardia droide avanzó hacia adelante. La mano de Qui-Gon voló a su cinturón y su sable de luz fue súbitamente encendido. El droide rápidamente lanzó un disparo doble de bláster desde sus brazos, pero la hoja del Maestro Jedi interceptó cada disparo, impactándolos de vuelta hacia el droide. Los rayos asestaron en la armadura del guardia droide y cortaron su cuello y articulaciones. La cabeza del droide explotó mientras su cuerpo despedazado caía al suelo, provocando una estridencia que retumbó por todo el centro carcelario.

Qui-Gon desactivó su sable de luz y prestó atención de nuevo a los restantes interruptores. Normalmente, disfrutaba resolver acertijos para mantener su mente alerta, pero con la vida de Adi Gallia en riesgo, sabía que eso no era ningún juego.

Arriesgándose, haló los interruptores siete y ocho al mismo tiempo. No supo cuál interruptor había hecho el trabajo, pero todos los diez escudos de energía desaparecieron.

Corrió hacia la celda de Adi Gallia, se agachó y revisó sus signos vitales. Estaba inconsciente y su pulso era débil.

Pero estaba viva.

Apenas viva.

Comprendiendo que necesitaba atención médica, Qui-Gon se devolvió hacia la terminal principal del cuarto de control. Esperaba transmitir una señal de desactivación para los droides, deteniéndolos en su persecución antes que pudieran asaltar la torre.

Después de ingresar las órdenes en la computadora, Qui-Gon corrió hacia la ventana. Afuera, los droides avanzaban cada vez más cerca hacia la torre.

Pronto, llegarían.

CAPÍTULO NUEVE

Los saboteadores debieron haber interferido la computadora. Qui-Gon se preguntaba qué hacer después. Mirando por la ventana, pudo ver el saltacielos alienígena que aún estaba estacionado en el muelle exterior que sobresalía de la torre. Decidió tomar una carrera hacia el saltacielos, pero no sin antes hacer algo para detener a los droides. A menos que los droides estuvieran exterminados, no podrían escapar de la fábrica y provocar más daños.

Volviéndose hacia el cuarto de control, divisó un gabinete de emergencia de rayas rojas y amarillas. Abriendo el gabinete, encontró que contenía un iniciador de autodestrucción. Pensaba que era un poco dramático para Trinkatta tenerlo instalado, pero el dispositivo parecía ser la única manera de destruir a los droides. Sin perder tiempo, Qui-Gon activó el interruptor iniciador. La cuenta regresiva comenzó en tres minutos.

Las advertencias de evacuación comenzaron a sonar. Con algo de suerte, los otros Jedi las escucharían.

Levantando a Adi Gallia del suelo, Qui-Gon la llevó hasta una escalera de acceso hacia el muelle superior de la torre. Saliendo de la escalera, advirtió que la puerta de salida había sido pateada desde afuera. Atravesando el portón dañado, Qui-Gon se preguntó adónde se habían ido los saboteadores.

Llegando al muelle superior, Qui-Gon Jinn llevó a Adi Gallia hacia el saltacielos estacionado. De improviso, dos alienígenas insectoides salieron de detrás del saltacielos. Con sus armaduras corporales negra y movimientos fragmentados, Qui-Gon reconoció a los alienígenas inmediatamente.

Eran bartokks.

Los bartokks eran una raza de sanguinarios mercenarios reconocidos en toda la galaxia por sus escuadrones de asesinos. Con su mentalidad colectiva, trabajaban juntos para matar a sus objetivos asignados. Su inteligencia estaba distribuida por centros nerviosos a través de todo sus cuerpos, de modo que si les cortaban las cabezas no los detenían; los pedazos cercenados continuarían atacando. Cada bartokk se paraba en dos poderosas patas y tenían cuatro brazos, dos armas de manipulación se extendía de sus cinturas mientras que sus brazos superiores terminaban en largas garras arqueadas. Antes que Qui-Gon pudiera encargarse de los bartokks, los dos insectoides levantaron sus garras y avanzaron.

Rápidamente puso a Adi Gallia en el suelo de cubierta, tomó su sable de luz y extendió su hoja. Como todo Jedi, Qui-Gon no creía en matar a menos que fuera absolutamente necesario. Pero sabía que los bartokks eran matones profesionales que no dudarían en cortarle de la cabeza a los pies.

Viendo que Qui-Gon activaba su sable de luz, los bartokks retrocedieron un paso. Los ojos del Maestro Jedi se fijaron en ambos mientras les advertía:

—Este encuentro no tiene que terminar en sus muertes.

Los bartokks intercambiaron una ininteligible comunicación, luego saltaron por el aire.

El sable de luz de Qui-Gon Jinn hizo un rápido y único arco.

Cortó a un bartokk a la mitad mientras le mutilaba al otro un brazo. Los bartokks chirriaron y sus partes amputadas se sacudieron por el muelle, reaccionando independientemente. Cortando al bartokk erguido, Qui-Gon vio los fragmentos del cuerpo del insectoide arrastrarse hacia la figura bocabajo de Adi Gallia.

Qui-Gon saltó hacia el costado de Adi Gallia. Sus botas aterrizaron en uno de los fantasmagóricos brazos del bartokk con un horrible crujido. Su sable de luz zumbaba mientras lo bajaba una y otra vez, cortando los trozos insectoides. Qui-Gon sabía que estaba contra el reloj. Desde que activó el mecanismo de autodestrucción, sabía que sólo tenía menos de un minuto para escapar de la torre. Apagando su sable de luz para levantar a Adi Gallia, Qui-Gon casi fue agarrado por una de las desmembradas garras de los bartokks.

Las partes corporales de los bartokks perseguían a Qui-Gon mientras corría hacia el saltacielos. Colocando a Adi Gallia en la cabina, saltó a su lado y presionó los controles. Aunque el saltacielos estaba diseñado para los bartokks, reaccionó al toque de Qui-Gon.

Cuando el saltacielos se elevó de la cubierta, una estruendosa explosión estalló debajo. La fuerza del estallido impulsó al saltacielos hacia adelante, quitándolo del camino. Tomando los controles, Qui-Gon se ladeó hacia la izquierda y vio fuego y humo saliendo de la torre.

Mirando hacia abajo al espaciopuerto, Qui-Gon vio que los droides habían sido derribados por la explosión. Al destruir el cuarto central de control droide, había evitado que los droides provocaran más caos.

Aterrizando el saltacielos lejos de las barricadas que rodeaban Naves Trinkatta, Qui-Gon vio a Obi-Wan corriendo desde el puesto de control de seguridad de la fábrica. Vel Ardox y Noro Zak estaban varios pasos detrás.

—¡Maestro Qui-Gon! —gritó Obi-Wan mientras se acercaba al saltacielos—. ¡Vimos la torre explotar! No pudimos siquiera entrar a la fábrica. Los droides nos retuvieron y… —Al llegar al costado del saltacielos y ver a Adi Gallia, Obi-Wan se quedó sin palabras—. ¡Encontró a la Maestra Adi! ¿Por qué no nos dijo?

—Mi comunicador se dañó —respondió Qui-Gon mientras revisaba a Adi Gallia.

—Buen trabajo, Qui-Gon —felicitó Noro.

—¡No es momento para celebrar! —reprendió Qui-Gon—. ¡Adi está inconsciente y requiere atención médica! Además, no pude encontrar los cincuenta cazas droide. Pero averigüé que fueron ordenados por la Federación de Comercio. Algo peor, tuve que vérmelas con asesinos bartokk.

Al escuchar la información, Vel, Noro y Obi-Wan intercambiaron miradas de preocupación. Si la Federación de Comercio y los bartokks estaban operando en Esseles, los Jedi sabían que su misión apenas comenzaba.

CAPÍTULO DIEZ

—Parece que Adi Gallia experimentó un considerable shock en su sistema —exclamó Vel Ardox con gran consternación—. Debe ser llevada a un centro médico de inmediato.

—Me temo que no hay lugar en Esseles que esté preparado para curar a un Jedi —expresó Noro Zak.

—¡Esperen! —interrumpió Obi-Wan—. Hay una Casa Capitular Jedi en el planeta Rhinnal. Rhinnal es famoso por su habilidad en medicina y está en el Sector Darpa. Podemos llevar a la Maestra Adi allá.

Qui-Gon Jinn miró a Obi-Wan Kenobi, luego se volteó hacia Vel y Noro.

—Lleven a Adi de vuelta a nuestro crucero y llévenla a Rhinnal —les dijo—. Obi-Wan y yo permaneceremos aquí e investigaremos qué sucede en Esseles; luego nos reuniremos en Rhinnal tan pronto como podamos. Tenemos que averiguar qué pasó con los cazas droides. ¡Si la Federación de Comercio y los bartokks están involucrados, estoy decidido a averiguar por qué!

La nave de la Federación de Comercio estaba lejos de casa, posicionada en el espacio, en los límites de la Región de las Colonias. Parado en la cubierta de mando, el Virrey de la Federación de Comercio, Nute Gunray, miraba por un estrecho ventanal la Nebulosa Ringali. Gunray había seguido sus órdenes sin cuestionar, maniobrando su nave de batalla a la distante región donde esperaba por más instrucciones. Después de esperar diecisiete horas estándar, Gunray se estaba impacientando.

Al escuchar una fuerte señal proveniente de la consola de comunicaciones, Nute Gunray volteó hacia su segundo al mando, Rune Haako.

—Estamos recibiendo transmisión, señor —afirmó Rune Haako.

—¡Nuestras instrucciones! —exclamó Nute Gunray—. ¡Al fin!

Un holograma se materializó desde el proyector ubicado en la consola de comunicaciones. Una figura encubierta cuyo rostro estaba perdido en las sombras apareció ante ellos. Nute Gunray reconoció la imagen proyectada inmediatamente.

Era Darth Sidious.

—Reporten el progreso en el planeta Esseles —ordenó el Señor de los Sith.

—Los cazas droides fueron programados para dejar la fábrica Trinkatta bajo la escolta de un carguero corelliano —respondió Nute Gunray—. El carguero debió haber llegado hace quince minutos. No puedo explicar la demora.

El holograma de Darth Sidious parpadeó.

—¡Tu reporte no me satisface! —protestó el Señor de los Sith—. Me enteré que el Consejo Jedi supo de la construcción de los cazas droides en Esseles. Alguien en Esseles debió haberle informado al Consejo. ¿Están seguros que los cazas estelares no serán rastreados hacia la Federación de Comercio?

—Sí, Lord Sidious —respondió Nute Gunray. Estaba intentando lo más para no sonar nervioso.

—Esos cazas son esenciales para nuestro plan de expansión galáctica —afirmó Darth Sidious—. Envíen alguien a Esseles inmediatamente y confirmen que los cazas han abandonado la fábrica. Además, ¡encuentren a la persona que le informó al Consejo Jedi y cállenlo… definitivamente!

—S… sí, Lord Sidious —tartamudeó Gunray nerviosamente, pero el holograma ya se había apagado. Volviéndose hacia Rune Haako, Gunray ordenó—: ¡Preparémonos a partir hacia Esseles inmediatamente!

CAPÍTULO ONCE

En Esseles, Qui-Gon y Obi-Wan estaban parados en su deslizador con Trinkatta, el kloodaviano. Miraban el crucero de la República despegar, llevándose a Noro Zak, Vel Ardox y a la herida Adi Gallia hacia el verde firmamento. Segundos después, el crucero desaparecía de vista mientras ingresaba al espacio, rumbo al planeta Rhinnal.

Obi-Wan se dio cuenta que Qui-Gon ya tenía que revelar la historia de cómo Adi Gallia le había salvado su vida Mirando la afligida expresión de su Maestro, Obi-Wan decidió esperar a que Qui-Gon le contara la historia.

—Gracias por rescatarme de mis droides —murmuró Trinkatta. Aunque su brazo derecho ya estaba comenzando a crecer, Trinkatta aún estaba impresionado por los devastadores eventos que habían llevado caos a su fábrica de naves. Su túnica estaba cubierta de polvo, un recuerdo del escape por su túnel secreto. Mirando directamente a Qui-Gon, Trinkatta dijo—: Ojalá pudiera haber evitado esto.

—Creo que Adi Gallia estará bien, Maestro —comentó Obi-Wan.

—*Sé* que estará bien, Padawan —respondió Qui-Gon con gran confianza—. Tal como sé en mi corazón que los villanos que la hirieron serán llevados a la justicia.

—¿Cuáles villanos? —preguntó Obi-Wan—. ¿Los droides de la fábrica, los bartokks o la Federación de Comercio?

—Creo que todos están conectados —reflexionó Qui-Gon, mesándose su barba—. Cada trozo de información es como una pieza de rompecabezas. La Federación de Comercio ordenó cincuenta cazas droides a la fábrica de Trinkatta. Cuando Trinkatta se rehusó a instalar los motores de hiperimpulso, su piloto de pruebas desapareció, asustando a Trinkatta para que construyera los cazas estelares. Alguien supo de los cazas y se preocupó lo suficiente para enviar una tarjeta de datos a Coruscant, alertando al Consejo Jedi. Ahora parece que los cazas han desaparecido también.

—No olvide a los bartokks —añadió Obi-Wan—. Entraron al cuarto principal de control droide para poder reprogramar los droides de Trinkatta y tomar el control de la fábrica de naves.

—¿Pero por qué? —indagó Qui-Gon—. ¿Qué querían los bartokks? Los cazas droides ya no están en la fábrica. ¿Qué querían…?

—Si me excusan —interrumpió Trinkatta—. Tengo planes de vuelo. ¡Saldré de este planeta antes que la Federación de Comercio venga a buscar sus cazas!

De repente, los ojos de Qui-Gon Jinn se abrieron bastante.

—Hay una buena oportunidad para encontrar esos cazas —musitó.

—¿Cuál es? —preguntó Trinkatta, guiñando sus párpados reptilescos.

—Los bartokks viajan en colmenas de quince —apuntó Qui-Gon— pero quedaron sólo *dos* en la torre de observación. ¡Los otros trece bartokks aún deben estar en Esseles!

—¿Por qué estarían todavía aquí si los cazas ya no están? —preguntó Obi-Wan, confundido por la lógica de su Maestro.

—Los cazas no están en la *fábrica* de Trinkatta —expresó Qui-Gon— ¡pero no han salido de Esseles! —Agarrando a Trinkatta de los hombros, Qui-Gon levantó al kloodaviano y lo depositó en la parte de atrás del deslizador.

—Todavía no nos vamos, compañero —dijo el Maestro Jedi solemnemente—. Vas a ayudarnos a encontrar los cazas droides.

PRÓXIMA AVENTURA
Lucha contra
LOS ASESINOS BARTOKK